

BENÍN FUNDEBE 2019 Color, pobreza, sonrisas, calor...

Color, pobreza, sonrisas, calor... Todas estas son palabras que a cualquiera se le podrían venir a la cabeza si les pidieran que describiesen África. Sin embargo, tras haber experimentado en primera persona lo que verdaderamente es África, me resulta difícil escoger una palabra que pueda resumir todo lo que he percibido de este continente a través de Benín. Es difícil explicar la sensación que se tiene al pisar las calles polvorientas de una ciudad como Nikki y ver decenas de niños sonrientes, acercarse para darte la mano con cariño, por el simple hecho de ser blanco y tratarte por ello con verdadera admiración. Es difícil expresar la impresión de ver a gente que no tiene prácticamente nada, bailar y reír agradeciéndoselo todo a la vida; cuando nosotros estamos constantemente quejándonos por nuestras nimiedades. Es difícil poner en palabras aquello que sientes cuando te ayudan en todo lo que pueden, por hacer tu estancia más cómoda, dando su tiempo, cocinando, conduciendo, acompañando y SIEMPRE con una sonrisa.

África ha supuesto en mí un cambio de percepción de muchas cosas, una cura de humildad, una oportunidad para relativizar el día a día, un chute de alegría y sobre todo, una puerta abierta al agradecimiento.

Desde el primer momento que pisamos suelo beninés, en Cotonou, pudimos darnos cuenta de que todo allí funciona diferente: la vida va a un ritmo diferente. El primer día, cogimos un autobús que nos llevaría, tras 15 horas de trayecto, a Nikki. Esas horas que pensaba que serían terribles, resultaron ser un comienzo inmejorable, una oportunidad para ver como un auténtico espectador, la vida en Benín desde el sur hasta el norte; al mismo tiempo que íbamos tejiendo lazos de amistad y relaciones que se afianzarían a lo largo de las tres semanas. Desde las ventanas de aquel autobús veíamos pequeños pueblos con sus mujeres cargando tastos enormes en la cabeza, motos que circulaban con tres pasajeros cada una como mínimo... y todo parecía estar sumido en un perfecto caos que al mismo tiempo era sumamente equilibrado. La gente iba de un lado a otro con sus productos para vender, los niños corrían, todo el mundo parecía ocupado, pero a la vez en paz y tranquilo, disfrutando de ese momento. Sin embargo, no fue hasta que llegamos a Nikki y pudimos tratar verdaderamente con las personas, cuando nos dimos cuenta de lo mucho que aprenderíamos allí.

Hemos estado cerca de niños que acudían al colegio y hemos compartido con ellos horas de juegos, carreras y clases; que me han abierto los ojos para recordarme a valorar lo sencillo, las sonrisas, el entusiasmo, las ganas de aprender, de vivir. Cómo niños, que iban en chanclas a jugar al fútbol en un patio de tierra y piedras daban gracias y disfrutaban como nadie, en lugar de quejarse o lamentarse por la falta de zapatos o el dolor de sus pies. Cuántas veces nos enfadamos por “quedarnos atrás” en la última tecnología, por no tener “suficiente” ropa, por tantas y tantas cosas que nos hacen quedarnos en la más absoluta superficialidad. Allí, he podido pararme a pensar y despertar, y valorar nuestra vida y lo que tenemos un poco más. Valorar todas aquellas cosas, palabras, gestos, que nos hacen ser verdaderamente afortunados y que en nuestro día a día nos negamos a ver, ya sea por soberbia o por rutina.

Si tuviera que quedarme con aquello que ha hecho más mella en mí, diría que ha sido la fortaleza y la capacidad de superación ante el dolor y las adversidades de la vida de estas personas. Puede ser que sea por mi vocación como médico, que siempre me ha parecido importante el saber cómo manejar y acompañar en el sufrimiento. Y ha sido en Nikki, donde he podido aprender mucho al respecto. Hemos visto personas muy enfermas con muy pocos medios sanitarios e higiénicos para poder curarse, carecía de medicamentos, niños muriendo, madres sufriendo, dando a luz sin un gemido de dolor. Allí nadie se queja. El dolor se lleva de otra forma, se sobreponen a ese dolor para dedicarte una sonrisa al pasar, y es entonces cuando pienso de nuevo en qué absurdos e insignificantes son nuestros problemas, nuestro dolor que resolvemos con analgésicos al minuto y por el que nos sentimos desdichados. Qué absurdos, qué ridículos y qué poco valoramos y relativizamos lo que tenemos, y lo afortunados que somos; qué poco entusiasmo le ponemos a este magnífico regalo que es la vida. Cuántas sonrisas tenemos que dejar de reprimirnos, que aprender a regalar para compartir la alegría de esta vida. Debemos aprender a vivir un poco más como ellos, entender el sufrimiento, acompañarlo, y saber qué es lo verdaderamente importante.

Muchas veces, aparecía la impotencia por no poder cambiar la situación, porque tras tres semanas, aquello seguiría igual y nosotros volveríamos a España. Sin embargo, hay que pensar que esto es solo el principio, el principio de una misión que hemos descubierto. Debemos transmitir con nuestras palabras lo que nuestros ojos han visto y nuestros corazones han vivido, y seguir trabajando para poder contribuir a mejorar esto en un futuro.

Al volver, solo me sale agradecer. Gracias Benín, gracias FUNDEBE por ayudarme a ser un poco más humana después de estas tres semanas. Gracias por permitirme ver una realidad tan diferente a la nuestra y seguir siendo sensible a ella. Gracias por dejar en mí una huella imborrable, por llevarme a casa parte de Benín y de sus benineses. Gracias por llevarme conmigo muchísimo más de lo que he aportado porque el esfuerzo invertido se ha convertido en cariño, en amistad, en humildad. Esta experiencia, me ha servido para quedarme con esta semilla africana, con esa ilusión y ese entusiasmo, y las ganas de poder seguir aportando para que toda esta experiencia no quede en saco roto; porque como dijo Madre Teresa de Calcuta “a veces sentimos que lo que hacemos es tan solo una gota en el mar; pero el mar sería menos si le faltara esa gota”.

Carolina del Pino Bellido